

# **Estación Orichalcum**

Una novela de

Gabri Ródenas

© Gabri Ródenas, 2012

© de la cubierta, Flu, 2013

*Dedicado con todo mi amor a Flu,  
mi única y verdadera Maribel Salgado*

## Nota del autor

Apreciado lector:

Es posible acercarse a *Estación Orichalcum* sin haber leído mi novela anterior, *El búnker de Noé*. Muchos de los personajes le resultarán familiares a todo aquel que ya conozca la citada obra, si bien, en sentido estricto, el presente volumen no supone una segunda parte o continuación del primero. La única precaución que el lector «recién llegado» debe tomar es saltarse el primer capítulo –que no el prólogo–, ya que en él se resuelven algunas cuestiones referentes a *El Búnker de Noé*.

Toda novela encierra varias anécdotas y una de las que contribuyeron a configurar ésta es que casi la totalidad de la banda sonora fue seleccionada durante largas y nocturnas conversaciones bajo las estrellas con mi esposa, quien me descubrió no pocos temas desconocidos por mí. A ella le corresponde el mérito de dicho apartado.

Como autor, debo mencionarle que, aunque la historia es enteramente ficticia, los datos manejados no. De modo que no puedo garantizarle que, directa o indirectamente, parte de la trama no esté basada, muy a mi pesar, en hechos reales.

Lamento anunciarle incluso antes de comenzar a leer que el final le desconcertará un poco, dado que será interpelado de manera directa. Usted tendrá que tomar una decisión importante, que será la que determine el verdadero desenlace de la historia. Espero que no se lo tome a mal y que aprecie esta oportunidad de poder tomar decisiones vitales y de gran importancia tanto para su futuro como para el de las generaciones venideras. Estoy convencido de que sabrá obrar con sabiduría.

Por lo demás, espero que este libro sea de su agrado y disfrute tanto leyéndolo como yo lo hice escribiéndolo para usted.

## PRÓLOGO

Desde las minúsculas ventanillas del Boeing 777 Freighter perteneciente a Air France podía apreciarse un cielo despejado, luminoso y sereno. Ni rastro de turbulencias o de cualquier otra posible perturbación del equilibrio de la aeronave.

El avión sobrevolaba las Islas Bimini, a menos de cien kilómetros de su destino, cuando el capitán advirtió que los radares, la radio y otros mecanismos electrónicos comenzaron a comportarse de un modo extraño. Miró al copiloto con una mezcla de desconcierto y también de cierta inquietud. La cantidad de horas de vuelo que atesoraba en su historial resultaban suficientes para disipar dudas y todo tipo de supersticiones sobre la zona en cuestión. Pero asimismo conocía a la perfección los rumores, las historias, las leyendas e incluso el clásico de Charles Berlitz sobre el Triángulo de las Bermudas.

El copiloto le devolvió el gesto extraño. Miró a través de la ventana frontal. Nada sospechoso en el horizonte, salvo una calma extrema. El mar, visible desde lo alto, tampoco mostraba signos de agitación. Cualquier aviador, navegante o cazador sabe perfectamente que tales momentos preceden al desastre.

–Con lo que cuestan estos cacharros, no deberían pasar estas cosas –apuntó el segundo de a bordo.

–No tengo tan claro que se deba a un problema mecánico –le corrigió su superior.

El copiloto no añadió nada más.

–Aquí el capitán André Vincendeau, desde el Boeing 777 procedente de París, llamando a base. Advertimos cierta anomalía en los dispositivos electrónicos.

–¿Pueden indicarnos su posición exacta? –preguntó una voz metálica.

–La última lectura señalaba 25°46'54.35"N 79°15'35.82"O. Sobrevolamos el norte de Bimini.

Se produjo un momento de silencio.

–¿Pueden ver tierra? –volvió a preguntar la voz.

–Sin problemas. El cielo está despejado.

–No advertimos ninguna anomalía atmosférica en esa zona –trató de tranquilizarles la voz–. Mantengan la calma y continúen la ruta trazada.

El capitán echó otra ojeada a los sistemas de navegación, que seguían sin recuperar la normalidad.

–No es posible dirigir el avión ni a través del modo manual –señaló Vincendeau.

De repente, el avión descendió a toda velocidad. Desde la cabina no se oyó griterío de pasajero alguno. El Boeing se estabilizó bruscamente. Fue en ese instante cuando el copiloto llamó la atención sobre algo inexplicable: el mar comenzó a adoptar un extraño aspecto, lechoso, blanquecino, y una especie de brillo intenso comenzó a inundar todo el campo de visión, como si ascendiera desde las profundidades del océano. Pronto se convirtió en una especie de niebla verdosa, densa y cegadora.

–¡Mayday, Mayday, Mayday, nos estamos precipitando al mar! –exclamó el capitán.

Asió los mandos con fuerza. Notaba una poderosa vibración. El copiloto, un muchacho recién salido de la academia de vuelo, tenía el rostro contraído, presa del pánico. El aeroplano parecía descender en caída libre. El brillo lo inundaba todo, impidiendo vislumbrar la espesa espuma blanca.

–¿Están bien, repito, están bien? –preguntó la voz a través de los auriculares. Pero ya no recibió respuesta alguna.

En la superficie, pequeños pesqueros faenando, surfistas disfrutando de las olas procedentes del Caribe, un cielo limpio y tranquilo y ni rastro de un Boeing 777 Freighter flotando en el gran azul.

## **PRIMERA PARTE**

**Un Boeing 777 Freighter ha desaparecido**

[La primera parte del capítulo, donde se expone cómo los protagonistas lograron escapar de *El búnker de Noé*, ha sido eliminada por su propia seguridad. Disponible en la [versión íntegra](#)]

Casi un año después, con *El búnker de Noé* dentro del *Top Ten* de cualquier listado internacional, estimé adecuado tomarme unas vacaciones acompañado de mi ya pareja oficial Maribel Salgado. Henri había sido debidamente bloqueado y, por el momento, no había nubes sentimentales en el horizonte.

Jamaica fue el destino elegido. Para un amante de James Bond, de las aguas cristalinas y del buceo, no existía un lugar mejor.

La fecha de regreso quedó sin concretar. Aparte de escribir una pequeña columna para el *Vientos de cambio*, algo que hacía de manera gratuita a fin de expresar mi gratitud hacia mi antiguo jefe y que disparó su popularidad, comencé a pensar en el material para mi segunda novela. Teniendo en cuenta la importancia que habían tenido las redes sociales en mi anterior aventura, resolví ofrecer a mis lectores la posibilidad de intervenir en la génesis de mi segundo libro. Llevé a cabo una encuesta en Facebook: los seguidores sugerirían un argumento y el más votado se convertiría en la base de mi próximo éxito. Recibí multitud de propuestas, pero una en particular me cautivó.



La Guardia Costera de Miami se empleaba a fondo para localizar los restos del Boeing 777 Freighter desaparecido en la zona de las Bimini. Como ya había sucedido en otras tantas ocasiones, la labor estaba resultando infructuosa. Al mando de la búsqueda se hallaba el comandante Travis Flanagan, un hombre metódico, riguroso y con cara de pocos amigos. Antes de retirarse del mar, había patrullado la costa durante más de veinte años. Sus ojos habían contemplado no pocos sucesos extraños, aunque su carácter racional y escéptico siempre tendía a encontrar una explicación lógica y con base científica. Algo que, por desgracia, no siempre sucedía y se veía obligado, a instancia de sus superiores, a «archivar» el caso después de una investigación agotadora y frustrante.

En aquella ocasión, Flanagan oteaba el horizonte sirviéndose de unos potentes prismáticos. Lo último que deseaba era otra oleada de noticias referentes al famoso Triángulo o, lo que era aún peor, que el misterio volviese a ponerse de moda. Desde mediados de los ochenta del siglo XX, una vez silenciados los últimos ecos del impacto del libro de Charles Berlitz sobre el tema, el Triángulo de las Bermudas había dejado de despertar interés alguno en el gran público. La gran extensión que lo conformaba, junto con la ayuda de la estadística, había permitido ofrecer una explicación racional –o, al menos, asimilable– de las desapariciones que, por otra parte, parecían haber descendido notable e inexplicablemente.

La magnitud del área legendaria justificaba, sobre todo de cara a los medios, la cantidad de desapariciones. En otras palabras, según los expertos, en proporción se daban las mismas que en otras zonas. De hecho, y volviendo a la proporcionalidad, en el *Mar del diablo*, en Japón, la cantidad de barcos y aviones que se habían esfumado sin dejar rastro era muy superior, si bien, al ser una zona de menor tamaño, la cantidad total no resultaba tan llamativa.

Travis Flanagan conocía muy bien todas las leyendas, pero también un buen número de estudios más o menos serios y, lo más inquietante de todo, decenas de informes clasificados sobre acontecimientos inexplicables desde un punto de vista científico. Para alguien absolutamente racional como el comandante, eso no le movía a una mayor apertura mental, sino que le reafirmaba en su ímpetu a la hora de buscar pruebas.

El mar seguía en calma, la temperatura ligeramente elevada a pesar de estar ya en septiembre, el cielo limpio. Flanagan contempló durante unos instantes una avioneta que

rompió la tranquilidad de las alturas. Primero lo hizo con sus propios ojos. Después, movido por un impulso automático e incontrolable, a través de los prismáticos. Un aeroplano privado. Seguramente llevaría a unos pocos turistas a alguna de las islas cercanas; tal vez a algún adinerado vecino del Miami Design District o de Midtown deseaba pasar unos días, o unas horas, en su refugio de las Bimini. Travis Flanagan no lograba acostumbrarse a ver aquellas aeronaves tan endeble surcar los cielos del *Triángulo de la muerte*. Decidió bajar la vista y concentrarse de nuevo en el océano.

Sin duda, el comandante habría preferido avistar algún fragmento del fuselaje del Boeing, tapicería flotando, aunque fuera el cadáver de un pasajero del vuelo París-Miami. Pero, en su lugar, lo único que vio venir fue al agente de la Guardia Costera Octavio Montero, estadounidense de nacimiento a pesar de su nombre y apellido. Sus abuelos habían cruzado la frontera que separaba Méjico de Arizona y, poco a poco, habían ido desplazándose hasta Florida para instalarse definitivamente en Miami. Sus padres ya habían nacido allí.

–Buenos días, señor comandante. ¿Alguna novedad? –preguntó Montero al tiempo que le ofrecía un café humeante en vaso de polietileno.

Flanagan dejó que los prismáticos colgasen de su cuello y agarró el café.

–Ninguna novedad, amigo Octavio. Ninguna novedad. Por cierto –hizo el gesto de disculparse–, gracias por el café.

–De nada, Travis.

A pesar de la diferencia de rango y de trabajar en divisiones distintas, Travis Flanagan y Octavio Montero mantenían una gran amistad desde hacía bastantes años. Habían faenado juntos durante mucho tiempo, cuando eran jóvenes. El agente Montero se mostraba más abierto a las teorías claramente esotéricas sobre el Triángulo. Sabía que su compañero se hallaba preocupado por el nuevo caso de desaparición.

–¿Has hablado ya con la prensa? –preguntó el comandante.

–Aún no.

Travis hurgó con la lengua una muela.

–No tardarán en plantarse aquí.

–Sólo hacen su trabajo, Travis.

–Su trabajo... –El desagrado quedaba patente en su rostro.

En el pasado, las relaciones de Travis con los medios de comunicación no habían sido del todo cordiales. Detestaba el modo en que sacaban las cosas de contexto y trataban de que la noticia tuviese el mayor impacto posible al precio que fuera, sin desestimar

procedimientos poco éticos. Le había quedado bastante claro a raíz de un incidente marítimo que le costó la vida a otro viejo amigo suyo: la desaparición de una pequeña embarcación de recreo en la que viajaba Frank Carnegie, almirante retirado de la Armada Estadounidense, su esposa, sus dos hijas con sus respectivos maridos y sus tres nietos.

Tras su jubilación, el almirante se había instalado en Florida con su familia. La noche de su desaparición había salido a navegar de noche. La idea era cenar en medio del mar, fondeando bajo las estrellas, ofreciendo a los pequeños un espectáculo bellísimo. Alrededor de las once y media de la noche, la Guardia Costera recibió un extraño aviso por radio. «Aquí Frank Carnegie, almirante de la Armada Estadounidense», tras lo cual señaló su posición exacta. «La brújula de nuestra embarcación parece haberse vuelto loca y no podemos ver nada a nuestro alrededor. Me gustaría saber si han detectado algún incidente meteorológico en la zona». Después de ese mensaje, la comunicación se interrumpió. Lo último que los guardacostas recibieron por radio fue un enigmático dato: «La niebla verde... La niebla verde». Se hallaban a menos de veinte kilómetros de la costa. Ni el barco ni los cuerpos fueron localizados.

Mientras contemplaba el azul turquesa de las playas jamaicanas, mi mente viajó a mi infancia. Sólo así se explicaba mi fascinación por el argumento sugerido por un lector: una trama que tuviese por hilo conductor el Triángulo de las Bermudas. Junto con los *moáis* de la Isla de Pascua y las casas encantadas, el Triángulo de las Bermudas figuraba en el *Top Ten* de mi lista de enigmas favoritos. Seguramente, un libro que me regaló una tía jugó un papel fundamental. Se trataba de una de esas «enciclopedias» en un solo volumen que recopilaba los misterios más populares: los OVNI, los fantasmas, las pirámides, la Atlántida, la Isla de Pascua y, cómo no, el ineludible Triángulo. Me encantaban aquellos dibujos que ilustraban las distintas entradas. Siempre eran dibujos, obviamente, pues *Photoshop* todavía no había hecho su aparición en el mercado.

De modo que recibí con suma alegría la propuesta del desconocido seguidor y me propuse contactar con él para agradecerle la idea. Lo hice a través de un mensaje privado desde Facebook.

Maribel surgió de las aguas al más puro estilo de Ursula Andress en *Dr. No*. Había conservado el tono cobrizo desde nuestra última estancia en París, y le seguía sentando de fábula. Su piel bronceada por el sol caribeño, el agua resbalando por su escultural figura y la visión de su cuerpo tonificado me impidieron seguir pensando en el argumento de mi segunda novela. Se acercó a mí sonriendo y se agachó suavemente para recoger la toalla.

—¿Añorando el paisaje británico, señor Bond? —me preguntó burlonamente.

—Me temo que he encontrado las suficientes distracciones aquí como para seguir echando de menos cualquier otra cosa —respondí divertido.

Maribel se puso sus elegantes gafas, incrementando de ese modo su ya de por sí innata sofisticación.

Nunca podré estarle más agradecido por su colaboración mientras yo escribía *El búnker de Noé*: corrigió cada capítulo, hizo excelentes observaciones e incluso me salvó de dos o tres puntos muertos en la narración y señaló un par de rupturas en la continuidad —lo que vulgarmente se denomina «gazapos»—. Si con anterioridad había dejado clara su superioridad intelectual respecto a mí, a raíz de la novela me vi gustosamente obligado a cederle el cetro de la sensatez y la inteligencia.

Cierto que seguimos jugando a la tensión sexual no resuelta, pero de un modo totalmente diferente. Aunque me cueste trabajo admitirlo, nuestra relación se había consolidado a pasos agigantados, hasta el punto de convertirnos en un binomio perfecto.

–Oye, León, ¿hay algo que te haga pensar que aquí vas a escribir una sola línea? –se interesó Maribel con cariñoso sarcasmo.

–No lo sé, mi querida Maribel. Lo que tengo claro es que algunas de las mejores páginas de mi autobiografía jamás escrita se desarrollarán en este escenario. –Dije esto con una amplia sonrisa, mientras recorría su cuerpo con una mirada impúdica.

Maribel encendió uno de sus delgados pitillos y yo la contemplé con deseo múltiple: tabaco y orgasmo. No obstante, preferí concentrarme en mi piña colada. Por el momento.

A pesar de que los medios de comunicación tradicionales no prestaron excesiva atención al incidente, las redes sociales difundieron casi de manera inmediata la noticia de la desaparición de un Boeing 777 en la zona de las Bimini. Nunca he sido muy dado a ver señales en los acontecimientos, pero consideré que un nuevo repunte de popularidad de la temática «Triángulo de las Bermudas» sería ideal de cara al lanzamiento de mi próxima novela, al tiempo que una graciosa coincidencia. «Estoy en el buen camino», me dije. Y lo celebré sirviéndome otra piña colada.

Conecté el *tablet* (ya no hago publicidad gratuita) de Maribel con el fin de *surfear* un poco entre las noticias referentes al asunto del Boeing. Al parecer, la mayor parte de la información procedía de aficionados y de rotativos europeos. Las escasas aportaciones de los medios estadounidenses tendían a tranquilizar a la opinión pública, afirmando una y otra vez que seguían investigando el origen del fallo –insistiendo en que se trataba de un fallo y no un asunto misterioso– y, sobre todo, el paradero de la aeronave y los pasajeros. Me pregunté cómo debía ser eso de precipitarse al océano desde los cielos. ¿Cuánto duraba la agonía? Después me planteé que quizá el mar no se los hubiera tragado. Pero, de no ser así, ¿qué le había sucedido a ese avión? Algo me decía que las respuestas no las encontraría en los diarios. Había padecido una experiencia lo suficientemente traumática como para saberlo de primera mano.

Apagué el cacharro tecnológico y volví a mirar al océano. Supongo que la falta de veracidad en la información dispensada por los mensajeros oficiales del Imperio me trajo

muy malos recuerdos. Una herida demasiado reciente. Un corte sin cicatrizar. Un dolor que se esforzaba por atravesar la gruesa capa de mi actitud pasota y juguetona.

Solía tratar por todos los medios de evadirme de los accesos de sensibilidad mediante el tabaco y el consumo *casi* moderado de alcohol, pero en aquella ocasión opté por darme un chapuzón; otro bautismo caribeño que alejase los malos pensamientos de mi mente. Normalmente, la presencia de tiburones tiende a obligarnos a que nuestra atención se centre en lo inmediato y no se entregue a digresiones inútiles e impertinentes.

Rodeado de agua cristalina, imaginé cuerpos flotando, asientos de avión, fragmentos del fuselaje y sentí algo similar a un pesar difuso. Aunque no quisiera admitirlo, había experimentado un cambio a raíz del incidente del búnker. A veces tenía que esforzarme en mantener la pose de tipo duro e insensible, pero lo cierto es que sufría por aquellos desconocidos. Me había hecho permeable a la tragedia ajena y a la injusticia. ¡Quién me lo iba a decir! Incluso comencé a rechazar internamente los ambientes *cool* y los lujos. Dicho sin rodeos, me hallaba inmerso en un evidente cambio de conciencia personal tras comprender que ni el dinero ni ninguna otra cosa que no fuera el viaje del espíritu nos haría más felices ni plenos, y mucho menos seguros. Anhelaba mantener la identidad que trabajosamente me había fabricado, pero me resultaba prácticamente imposible. La realidad se había impuesto y mis cimientos habían saltado por los aires. León Poiccard ya no era el mismo. Rechacé ofertas que años atrás ni imaginé que se presentarían; no acudía a fiestas ni otros actos sociales; no concedía entrevistas; me negaba a alternar por la noche; decliné una invitación a aparecer en la portada de *Vanity Fair*, el sueño de cualquier escritor y, por supuesto, no consentí que ningún agente literario –de esos que, de haberlos buscado, me habrían dando con la puerta en las narices– tuviera acceso a parte del pastel que yo, con ayuda de Maribel Salgado, había cocinado. Llegué a la conclusión de que todo surge cuando uno ya no lo necesita en realidad.

Jamaica invita al perdón. Poco a poco te vas desprendiendo del rencor y adviertes que el resentimiento no tiene sentido. Tu historia personal se va difuminando como el humo de un cigarrillo de marihuana, hasta fundirse con la espesura de la vegetación, con las plataneras cuyos centros dan cobijo a *María*, con la sonrisa de los lugareños, con los añicos de las voces que han vendido a Occidente la idea errónea de que esas personas, siempre «pobres», son menos felices que nosotros, los habitantes del hemisferio norte. El tiempo deja de ser tan determinante y la vida se vive a un ritmo plenamente humano y no maquinal. Sin aspavientos ni proclamas esotéricas, uno se desprende del lastre del exceso de

civilización y Jesucristo, Buda, Lao-Tsé y el resto de iluminados pescan langostas con sus propias manos, buceando a pulmón.

Normalmente, a eso de las seis de la tarde, llueve todos los días. No fue así en aquella ocasión. Maribel leía un libro sobre filosofía *huna* en su sillón estilo *Arnio* en versión jamaicana y yo trataba en vano de organizar las ideas para la novela. Necesitaba más documentación y el chispazo que detonase la página en blanco de mi mente. Gracias a ella, yo también me había aficionado al pensamiento *huna*, o el chamanismo hawaiano, por decirlo de algún modo. La miré de reojo, pero no quise molestarla. En lugar de ello, abrí mi Facebook y recibí otra agradable sorpresa: el «ganador» del concurso de ideas no sólo hablaba español, algo que ya sabía por su mail anterior, sino que además residía en Jamaica.

–¿Te apetece visitar a un amigo? –pregunté a Maribel. Ella me miró extrañada– Nuestro hombre-musa vive aquí, en Jamaica, ¡y en Ocho Ríos!

–¿Bromeas? –repuso.

Giré mi portátil y le mostré el correo. Maribel abrió teatralmente los ojos y se frotó la nariz con el dedo índice. Estaba claro que el asunto le intrigaba tanto como a mí.

Edward Valdes, sin tilde, era hijo de norteamericana y cubano y, además, doctor en oceanografía y graduado en ingeniería naval. Había trabajado en Hawái en un astillero propiedad del gobierno de los Estados Unidos durante casi cinco años y otros siete en Miami, antes de que decidiera partir hacia Jamaica. Su cometido era diseñar submarinos empleados en la exploración marina sin fines, en principio, militares. Aunque, como no tardaría en descubrir, la partida nacional destinada a la investigación «civil» era un asunto meramente cosmético.

Su pasión por el abismo oceánico no tenía límites y, ya desde niño, había dado claras muestras de sentirse más cómodo dentro que fuera del agua. Se declaraba amante del surf y de las inmersiones y su cerebro no cesaba de idear nuevas formas de llegar más hondo. Tampoco tenía reparos en manifestar su fascinación por el líder de *Pearl Jam*, Eddie Vedder, por el estilo musical de Martin Denny (su versión del «*Misirlou*» le parecía magistral) y por Thor Heyerdahl, el biólogo y antropólogo noruego famoso por la exploración *Kon-Tiki* a bordo de una balsa realizada a base de troncos, plantas y otros materiales naturales. Edward Valdes emulaba el estilo del músico: mismo corte de pelo, misma barba. Incluso se había hecho con un ukelele a raíz de la aparición de uno de sus discos en solitario, el *Ukulele Songs*.

Ataviado con unos pantalones cortos y una camiseta negra de tirantes, Edward trabajaba en el taller que había instalado en su casa, una especie de choza gigante y muy bien acondicionada situada frente a la playa. A pesar de considerar que Ocho Ríos era una zona excesivamente turística, se hallaba bastante cómodo allí. Era menos peligroso que otras zonas y, muy a su pesar, tenía que reconocer que ser un blanco en medio de la selva jamaicana podía llegar a convertirse en un problema para él.

Había una gran mesa llena de planos desplegados y cientos de pequeños aparatos y piezas inclasificables; lápices y rotuladores y un pequeño reproductor de música del cual surgía el «*Can't Keep*» en versión ukelele. A pesar de tratarse originariamente de un tema de *Pearl Jam* incluido en el *Riot Act*, había pasado totalmente desapercibido hasta la llegada del segundo disco en solitario de Vedder. La decoración del taller resultaba de lo más pintoresca: un calendario de hacía tres años, collares hawaianos colgados de la pared, herramientas, varias tablas de surf, un ventilador en el techo, fotografías del mar clavadas



en un panel de corcho, fusiles de pesca, un trofeo consistente en unos dientes de tiburón, etc.

Edward se colocó una máscara de protección y encendió el soldador para, acto seguido, volver a apagarlo. Dejó la máscara sobre la mesa y salió al exterior de la cabaña. Estaba empapado en sudor. Pasó su antebrazo por la frente y se cogió el pelo en una media coleta que sólo sujetaba el flequillo y la parte de las sienes y la coronilla, dejando libre el cabello que cubría la nuca. De pie, frente a la playa, Edward Valdes contemplaba el agua cristalina. Imaginaba su *Nautilus* particular abriéndose paso hasta el fondo del océano, más allá de donde cualquier ser humano o máquina había llegado.

A lo largo de los años, Valdes había acumulado cientos de textos sobre las profundidades marinas, centrándose en aquéllos dedicados a la zona del Triángulo de las Bermudas. Almacenaba libros escritos a la luz de un pretendido rigor científico junto a otros de carácter más o menos esotérico: Berlitz, Edgar Cayce e incluso las aproximaciones teosóficas de Madame Blavatsky y los suyos. La mayor parte de tales escritos vinculaban de un modo u otro la leyenda del Triángulo con la cuestión de la Atlántida y, con el paso de los años, Edward había desarrollado un gran interés por dicha conexión. Por delirante que pareciera, la existencia de la Atlántida y su ubicación próxima a las Islas Bimini habría explicado muchas cosas.

Al amor innato de Edward por el medio acuático se habían sumado sus experiencias vitales en Miami. Demasiadas preguntas sin responder, demasiados misterios y enigmas. Demasiados desaparecidos.

No resulta fácil para un científico admitir que la lógica y la razón son incapaces de explicar determinados fenómenos. No obstante, a juicio de Edward Valdes, el problema residía en que la ciencia había dejado de lado el potencial explicativo que ofrecían otras disciplinas, encorsetándose en una interpretación más o menos ligada a las matemáticas y que, en honor a la verdad, no tenía más de dos siglos: el mecanicismo. Ahora bien, ¿quién podía seguir creyendo que la realidad debe ajustarse a lo que la mente del ser humano pone previamente en ella? Desde luego, el oceanógrafo errante no. A su juicio, ya conocíamos adónde nos llevaba esta visión de las cosas. Otras lecturas podían parecer absurdas, pero, ¿por qué no probar? Después de todo, la experimentación era la base de la ciencia moderna...

Ya en Hawái, Edward se había familiarizado con la filosofía *huna* y algunas variantes del *reiki*, lo cual le había llevado a tomarse en serio ideas consideradas aberrantes por los científicos tales como la *ley de la atracción* y otras variaciones del *misticismo cuántico*. La

conclusión a la que había llegado es que prácticamente todo éxito residía en la actitud, buena disposición, agradecimiento, fe, confianza, respeto y amor. De esas virtudes extraía su filosofía de vida, especialmente de la última. Podía decirse que el doctor Valdes manifestaba un amor infinito hacia todo ser viviente o no, expresando continuamente el espíritu *aloha* que, más allá de significar «hola» o «adiós», apelaba a la paz, el amor, la belleza y la bienaventuranza. *Ho ʻoponopono*.

Qué había llevado a Edward a Jamaica seguía siendo un misterio para el mundo. Atrás había dejado amigos, conocidos, compañeros de trabajo, recuerdos y alguna que otra cosa más. Un buen día desapareció sin más.

Valdes contaba con buenos amigos en la isla. Muchos de ellos extranjeros, pero también un buen número de nativos. El sistema de redes sociales le permitía seguir en contacto con algunas personas dispersas por todo el globo y él se preocupaba de seguir conectado con el exterior. La proximidad de hoteles y demás instalaciones para turistas le garantizaba una conexión a Internet medianamente aceptable, lo cual suponía toda una suerte.

Solía comprar discos y libros a través de la Web. Así adquirió *El búnker de Noé* y del mismo modo aportó su propuesta temática para la segunda novela de León Poiccard. Ni que decir tiene que, del mismo modo, el escritor contactó con él para darle las gracias por su sugerencia y, aunque Edward todavía no lo supiera, para concertar una cita y conocerle en persona.

Al regresar al taller, Valdes advirtió en la pantalla de su ordenador un inequívoco símbolo: pestaña en rojo en la sección de mensajes de Facebook. ¿El remitente? Un tal León Poiccard. Escritor de profesión.

*Estimado señor Valdes:*

*Mi nombre es León Poiccard. Ya nos conocemos indirectamente. Dado que el azar nos ha situado a los dos en Jamaica, sería un honor para mí poder conocerle en persona. En estos momentos, resido en Ocho Ríos y me pregunto si le apetecería quedar un día de estos y almorzar o tomar un café.*

*A la espera de una respuesta por su parte, reciba un cordial saludo.*

El mensaje estaba firmado con una simple «L». Edward Valdes se sintió halagado e, indudablemente, contestó positivamente a la invitación del escritor. ¡Las cosas que tiene Internet!

El pequeño submarino en el que viajaba el «profesor» Ray Allen seguía su ruta sin interrupciones. La actividad en el laboratorio era frenética y Allen estaba obligado a ofrecer soluciones inmediatas. Alguien tenía que explicar la desaparición del Boeing y ése era uno de sus cometidos.

En los últimos quince años, el equipo de Allen había tenido que hacer frente a unas cuantas desapariciones de barcos y aviones que la Agencia de Inteligencia de los Estados Unidos deseaba que no fueran aireadas. Ray Allen, militar y experto en telecomunicaciones, era el máximo responsable de las operaciones del *proyecto Orichalcum*, heredero del famoso *proyecto Filadelfia*, si bien más centrado en la comunicación que en cuestiones referidas al electromagnetismo. Las principales actividades del proyecto, según los informes oficiales, consistían en desarrollar mecanismos seguros de transmisión de datos. La información que viajaba a través de dichos canales era especialmente delicada y confidencial. La actividad en Internet y el creciente número de enemigos del Imperio (*hackers* y otros disidentes) había obligado a reforzar la seguridad de los sistemas. Algunas entidades privadas también habían solicitado su ayuda, previo pago de enormes «donaciones» a la causa, es decir, a la investigación. Y, claro está, no se puede defraudar a los benefactores.

Ray Allen saboreaba un delicioso *blue mountain*, aunque reprimía las ganas de fumar uno de sus característicos habanos. Hojeaba un dossier realizado por algunos de los miembros más destacados de su equipo. Páginas y páginas repletas de chorradas conducentes a acallar a la opinión pública. «Si a ellos les sirve, por mi parte, está bien», pensaba en silencio. Su rostro se había vuelto inexpresivo a fuerza de redactar informes a todas luces falsos. En parte, era lo que se exigía de él: que sus explicaciones fueran verosímiles, no necesariamente verdaderas. Porque la verdad era justamente lo que debía preservarse, lo que nunca debía salir a la superficie. Lo que podía dismantelar todo el proyecto.

«Ni rastro de la aeronave», musitó Allen. Otro sorbo de café. Una mirada al exterior del submarino. A partir de determinados metros de profundidad, el espacio marino se muestra amenazador, oscuro, desconcertante; los bellos colores de peces y vegetación dan paso a una masa parduzca y monótona compuesta de seres vivos, algo parecido a plantas y formaciones rocosas. Aparte de eso, la oscuridad. No, el mar no es amigable. Por lo cual,

Ray Allen mostraba un profundo respeto y una actitud reverencial hacia él. «Este mar se ha tragado a hombres mejores que yo», pensaba para sus adentros. Y, en efecto, así era.

Aproximadamente a las diez de la mañana, la tripulación puso pie en tierra firme. Nada como el sol. En el fondo del mar, día y noche se confunden. Aunque nadie dijera nada, todos experimentaron un cierto alivio. Cada viaje, cada inmersión podía ser la última y eso era algo que ellos sabían.

Un delegado del gobierno esperaba a Ray en la superficie.

–Buenos días, señor Allen –saludó extendiendo su mano hacia él.

–Buenos días.

–¿Qué tal el viaje?

–Muy bien. Gracias.

Ray sabía que tras aquel formalismo se escondía una pregunta implícita: «¿Ha traído el informe que tanto esperamos?». El militar no quiso hacer esperar al intermediario y le entregó la documentación.

–Muchas gracias –agradeció el enviado–. ¿Está todo aquí?

–Todo lo que tiene que estar –precisó Allen–. A la prensa le bastará.

–¿Han encontrado los restos del avión?

Ray esbozó una media sonrisa condescendiente y no contestó. En lugar de ello, sacó un enorme habano del bolsillo de su chaqueta y lo encendió.

–No debería usted fumar aquí –recomendó el delegado–. De hecho, no debería usted fumar.

–¡Hay tantas cosas que no debería hacer, señor! –repuso el «profesor» mientras daba una larga calada al puro.

Los dos hombres caminaron por el muelle. El resto del equipo iba unos metros más adelante. Bromeaban y se mostraban relajados.

–¿Le gusta la pesca submarina? –preguntó Allen.

–No. En realidad odio el mar.

Tras una breve pausa, Ray añadió:

–Yo también.

Lo bueno de formar parte de un proyecto secreto era que tu nombre raramente, por no decir jamás, saldría a la luz. Siempre, por supuesto, que no fuese precisa una cabeza de turco en caso de que las cosas se pusieran feas. Por desgracia, la Historia estaba repleta de renglones torcidos, de situaciones desafortunadas, de chivos expiatorios. Pero incluso éstos, mientras no llega su hora, disponen de tiempo libre, de vida privada.

Ray Allen condujo su todoterreno hasta el apartamento situado en Pequeña Habana, en el lado oeste de Miami. Apenas contaba con treinta metros cuadrados, pero al militar le sobraba espacio. Vivía solo; no tenía familia, ni mascotas, ni siquiera plantas. No había objetos decorativos en toda la casa, únicamente muebles de tipo funcional, un par de libros insustanciales y alguna revista de coches y chicas, o viceversa. La nevera tampoco daba muestras de excesiva vida doméstica: unas cuantas cervezas, un cartón de leche cortada y un frasco de salsa barbacoa caducada.

Durante el poco tiempo que Allen pasaba en su apartamento, compraba comida para llevar o almorzaba en algún restaurante de la zona. Solía decantarse por la primera opción dado que, a pesar de hallarse reconciliado consigo mismo, le desagradaba que la gente, personas anónimas para él, le viese sin compañía. Consideraba que se trataba de algo profundamente deprimente.

Se negaba a pasar sus días en una residencia militar, al igual que, aunque su elevado sueldo se lo permitiera, nunca había querido alquilar una vivienda en otro barrio. Allen disfrutaba del ambiente multicultural. Le gustaba ver a los demás jugar al dominó. Nunca se había ofrecido a entrar en una partida.

La forma de vida de Ray Allen se asemejaba bastante a una especie de sacerdocio tolerante con los pecados de la carne. Enamorado de las bellezas latinas, no tenía reparo alguno en recurrir a un puñado de dólares para pasar una buena velada en compañía de una exótica mujer. Y no escatimaba en gastos. Lo que en principio podría parecer otro ejemplo de mercadería machista y violencia contra la mujer, en el caso de Ray no quedaba tan claro: pagaba un elevado precio por agasajar a una mujer. Era un hombre espléndido, normalmente galante, dulce y cariñoso. En su fuero interno sabía que el dinero era una llave y también un muro infranqueable, una suerte de comodín que podía ser empleado para eximirle de cualquier tipo de compromiso ulterior o de tener que dar alguna explicación. Es como si pagando dijera: «te he dado todo lo que podía darte. No me pidas nada más. Estamos en paz». Razón por la que prefería pagar a seducir.

A diferencia de la mayor parte de los hombres, Allen nunca había deseado tener hijos. Sabía a ciencia cierta que jamás llegaría a ser un buen padre. No podría ser como el suyo y

ofrecerle a su hijo una infancia tan feliz como la que él había disfrutado. En una ocasión, le preguntaron a Noam Chomsky cómo un lingüista había llegado a convertirse en anarquista, a lo cual él contestó que el proceso había sido justamente el inverso. De modo que la pregunta debía ser más bien: «¿cómo un anarquista acabó siendo lingüista (y académico)?». Algo similar sucedía con Ray Allen. ¿Cómo un niño con una infancia feliz, exenta de totalitarismos, acaba convirtiéndose en militar, participando y hasta encabezando proyectos secretos? Habían pasado los suficientes años como para no recordar la respuesta a una que pregunta que, en sentido estricto, él jamás se había formulado.

Ray Allen estaba poco acostumbrado a hacerse preguntas acerca de sí mismo. Había estudiado telecomunicaciones con una beca del ejército. Consideraba que Estados Unidos era la primera potencia mundial por derecho propio y estaba dispuesto a defenderla a ella y a sus secretos con su vida si fuese necesario.

Algo comenzó a moverse en el bolsillo de su chaqueta antes de emitir un sonido. Era su teléfono.

–Allen –respondió y siguió escuchando–. Está bien.

Colgó el móvil después de unos segundos. Alguien había encontrado una pieza de avión flotando cerca de la costa. Perteneecía a un Boeing que iba a dar mucho de qué hablar.

Uno de los secretos de Maribel Salgado, que no debería serlo, es que utilizaba gafas para leer. No debería serlo porque le sentaban de fábula; le aportaban un toque intelectual-*chic* sumamente interesante, a caballo entre la ingenuidad y el erotismo extremo.

En aquella ocasión no llevaba esas gafas sino que se hallaba ultimando los detalles de la comida que preparaba en honor a la nueva musa de León Poiccard, es decir, Edward Valdes. Se había decantado por un menú de inspiración japonesa: verduras en tempura, pollo *teriyaki* y sushi en abundancia. Conservador pero succulento. Maribel lograba su toque personal al combinar los elementos tradicionales de origen japonés con los productos autóctonos de Jamaica. En otras palabras, empleaba verduras, carne y pescado jamaicanos y los aderezaba con salsas y especias niponas. El resultado era espectacular.

León ponía la mesa con esmero. Habían decidido almorzar fuera. Edward Valdes había sugerido tomar un café, seguramente motivado por sus buenas maneras y su deseo de no abusar de la hospitalidad del escritor, si bien Poiccard insistió en tomar algo más consistente. Valdes no se opuso excesivamente. Incluso el mayor de los anacoretas es incapaz de negarse o resistirse de un modo absoluto a la compañía ocasional de otros seres humanos. Y, aunque el oceanógrafo poseía bastantes amigos en la isla, tenía que reconocer que pasaba solo más tiempo de la cuenta y le apetecía disfrutar de una velada en buena compañía. Además, no todos los días tenía ocasión de compartir mesa con un escritor de éxito.

León dispuso el *sake*, los cubiertos y las servilletas, disfrutando de la temperatura tropical y de las bellas vistas. Se sentía extrañamente emocionado, dado que jamás había almorzado con un fan. La situación se le antojaba un tanto pintoresca, pero le ilusionaba. Deseaba causar buena impresión en su invitado y se había arreglado para la ocasión, decantándose por un estudiado modelo informal que parecía decir: «Así viste un escritor en la intimidad». No podía evitarlo: era un presumido irreductible. Poco importaba que el visitante fuera hombre o mujer. La distinción y la clase obligan.

Maribel puso en el reproductor un *Grandes éxitos de Madredeus* y se sirvió una copa de vino. De repente, el entorno caribeño se transformó en un pedacito del mediterráneo. No pudo evitar esbozar una sonrisa al ver a León en el exterior, siendo observado sin percatarse, ligeramente torpe y sin saber muy bien qué hacer una vez que la mesa estuvo dispuesta.



–¡León! –le llamó– Ven a probar esto.

El escritor se aproximó a la cocina y cogió con los dedos una porción de *maki*.

–¡Delicioso! –Exclamó.

–Gracias –dijo Maribel con tono y gesto reverenciales, complacida–. No quería que tu invitado se sintiese defraudado.

–Nuestro invitado –matizó León.

–No creo que venga a verme a mí –añadió Maribel.

–Eso es porque todavía no te conoce. Espera que lo haga y advertirás lo rápido que olvida mi novela.

La pelirroja sonrió.

León Poiccard se sirvió otra copa de vino. Faltaban quince minutos para la hora establecida, lo cual no impidió que un melencólico apareciese en el horizonte antes de lo previsto.

León salió a su encuentro. El recién llegado portaba una botella de vino.

–Me temo que me he adelantado –se disculpó Edward Valdes al tiempo que entregaba la botella.

–No importa –le tranquilizó su anfitrión. Echó una rápida ojeada a la botella y reprimió una sonrisa. Viñedos Poiccard. Pensó fugazmente en Maurice, su hermano–. No era necesario que trajeras nada, pero muchas gracias. A propósito, no te incomoda que nos tuteemos, ¿verdad?

–Lo intentaré –señaló el hispano.

–Pasa, te presentaré a una buena amiga.

Maribel les recibió en la cocina.

–Falta poco para que la comida esté lista. Soy Maribel Salgado.

Antes de que Edward extendiera su mano, Maribel plantó un beso en cada mejilla del oceanógrafo, al estilo español. Éste retiró la mano con discreción, dando a entender que se trataba de un movimiento involuntario.

–¿Un poco de vino? –preguntó León mientras descorchaba la botella– Veo que tienes buen gusto para los caldos...

–Me lo recomendó el dueño de la tienda y me hizo gracia la coincidencia.

León logró que su sonrisa pasase desapercibida.

–No olvides darme la dirección. Creo que le haré una visita.

Edward cogió la copa y se dirigió a Maribel:

–¿Intuyo que tú eres...?

–Me temo que sí –atajó ella–. Soy la mujer florero que acompaña a este tipo en *El búnker de Noé*.

–No creo que seas un florero –repuso el oceanógrafo tratando de disculparse por un error que él no había cometido.

–Era broma. –Le dio unos golpecitos en la espalda para quitarle hierro al asunto. Edward notó cómo el rubor iba a hacer acto de presencia. Por suerte para él no lo hizo.

El doctor Valdes agradeció la hospitalidad de León y Maribel, pero sobre todo la actitud cercana de ambos. Habría resultado un tanto incómodo hallarse en medio de dos engreídos insufribles. Por su parte, y como pronto tendría ocasión de demostrar, poseía unos modales refinados y unas habilidades sociales que parecían sacadas de otra época, de aquella en la que las personas concedían gran importancia a los detalles y a las buenas maneras. Fiel a las enseñanzas de Dale Carnegie, rehuía centrar la atención sobre su persona, propiciando que sus anfitriones tomaran la palabra y llevaran el peso de la conversación. Él les escuchaba atenta y sinceramente, sabedor de que el mejor oyente es aquel que anima a los demás a que hablen de sí mismos.

Todo ello contrastaba con una estética decididamente *grunge*, prueba de que el hábito no siempre hace al monje. Se apreciaba, no obstante, el esfuerzo que el oceanógrafo había hecho por presentarse de la manera más decorosa posible.

–Creo que ya podemos sentarnos –anunció Maribel, quien no podía evitar ver un parecido físico entre Edward y Sayid, el personaje de la serie televisiva *Perdidos*.

–Debo agradecerte tu idea argumental –dijo León–. Te felicito por ella, francamente.

–No hay de qué –respondió Valdes–. Es un tema que me fascina desde hace mucho tiempo. La pena es que no se me da bien la escritura.

–A mí tampoco, no te creas.

Los tres sonrieron. Edward elogió la cocina de Maribel antes de proseguir la conversación:

–Sin duda eres la persona indicada para desarrollar mi... idea.

–Será un honor –añadió León.

–Si no es indiscreción, me gustaría saber qué te llamó la atención de mi propuesta.

León narró la historia del libro que su tía le había regalado. Maribel escuchó atenta el relato. Constituía una de las escasas, por no decir la única, declaraciones relativas a la infancia de León, el hombre que parecía no haber sido niño nunca.

Valdes era muy hábil haciendo hablar a su interlocutor y Maribel no consiguió borrar la imagen de Valdes/Sayid torturando personas para hacerles «cantar». Algo que, a todas luces, no había sucedido jamás.

–¿Cómo llegaste a Jamaica? –preguntó ella.

–Supongo que la isla me eligió. En cualquier caso, es una larga historia que, tal vez, podamos abordar después de que me contéis cómo vais a enfocar la novela.

El empleo del plural para referirse a la génesis de la novela agradó a la compañera de Poiccard.

–Necesitaré documentarme un poco –señaló León.

–No hay ningún problema. Dispongo de una buena cantidad de material sobre el tema.

–Una cuestión tonta –intervino Maribel sin venir cuento–, ¿a qué te dedicas?

–Buena pregunta. Podría decirse que soy algo así como un inventor.

–Vaya. ¿Y qué inventas?

–Aparatos que puedan llegar al fondo del océano.

–No serás un buscador de tesoros –añadió León, divertido.

–En principio no, pero quién sabe si algún día encontraré alguno.

Edward Valdes guardó un segundo de silencio, durante el cual tuvo tiempo de viajar mentalmente a un momento remoto, al instante en que recibió la noticia de que su padre había desaparecido en aguas del Atlántico. A fecha de hoy, el cuerpo no había sido hallado y nadie había sido capaz de darle una respuesta satisfactoria.

–¿Qué opinión te merecen las leyendas sobre el Triángulo? –preguntó Maribel.

–Lo cierto es que no tengo nada claro que sean leyendas al cien por cien –hizo una pausa retórica–. Tengo motivos para creer que bajo ese océano hay algo que aún no ha sido debidamente explicado.

–¿Bajo o sobre? –precisó León.

–Excelente observación. A mi juicio, la respuesta está en el fondo y no en el cielo. Tal vez os preguntéis por qué he llegado a esta conclusión y la respuesta es... –Edward se detuvo al caer en la cuenta de que quizá su argumentación podía resultar excesivamente técnica–. Podría decirse que he pasado los suficientes años analizando piezas del fuselaje de aviones y embarcaciones dadas por perdidas y halladas posteriormente como para saber que, si algo sucedió, su origen no se encontraba en las alturas. Por otra parte –prosiguió el oceanógrafo–, también considero que, lejos de suponer un misterio de naturaleza mágica, las causas pueden ser científicamente explicadas.

–Veo que, en efecto, has pensado bastante sobre el tema –apuntó León.

–Se han dado las condiciones necesarias para ello –respondió esquivamente Edward.

–¿Y cuál es tu hipótesis principal? –inquirió Maribel.

–No te andas por las ramas... –contestó Valdes–. Desde mi punto de vista, la clave reside en la existencia de algo ahí abajo. Algo grande y desconocido.

–¿De verdad piensas que si hubiera algo en esa zona no lo habrían localizado ya? Descubrir o desmontar uno de los mayores misterios de la humanidad sería un gran éxito para el artífice, ¿no crees?

–Así es. El problema reside en que la zona se presta poco a las inmersiones e incluso la tecnología actual resulta insuficiente. Demasiadas algas, como en el mar de los Sargazos, corrientes marinas de extrañas e imprevisibles características, etc.

León Poiccard esbozó una sonrisa cómplice y añadió:

–Y ahí es donde entran tus aparatos submarinos, ¿cierto?

–Muy sagaz.

–No tan rápido –interrumpió la parte femenina de aquel otro triángulo–, ¿qué hay ahí abajo, en tu opinión?

Edward Valdes guardó silencio, mordió la parte superior del labio, sopesando la idoneidad de su respuesta. ¿Cuál sería la reacción de sus anfitriones? ¿Comenzarían a preocuparse por haber invitado a un chiflado a su casa? Miró directamente a ambos y comenzó a hablar despacio:

–Lo cierto es que no soy el primero que considera que lo que se oculta bajo las aguas del Triángulo es ni más ni menos que la Atlántida.

–¡Estás de broma! –exclamó León sin dar mucho crédito a sus palabras– ¡Dos misterios por el precio de uno! Muchas gracias, esta novela también se va a convertir en un éxito inmediato.

Maribel le reprochó suavemente con la mirada y León se calló como un niño al que su madre le diera una orden sin palabras. Se acomodó en la silla y trató de aparentar credulidad.

–La Atlántida... –Maribel retomó la conversación.

–Así es. ¿Qué tal un poco de historia? –El tono de voz de Edward Valdes adoptó tintes alegres. Dio un sorbo al *sake* y esperó con una sonrisa la previsible respuesta de sus nuevos amigos.

Travis Flanagan examinaba en cuclillas uno de los fragmentos del Boeing que habían extraído del mar.

–Ahora sí que estamos jodidos –anunció a Octavio Montero, el cual contemplaba de pie el hallazgo.

–Espera que te diga quién ha contactado conmigo hace un rato y entonces sabrás hasta qué punto lo estamos –Travis alzó la vista hacia su compañero–. ¿Te suena el nombre Jerome García?

Travis hizo una breve pausa antes de responder.

–¿Quién cojones le pone un nombre así a su hijo? ¿Qué demonios hemos hecho con América? Todo está lleno de putos Garcías, Monteros... Además, ¿sabes?, me toca las narices que pronuncies «García» mejor que yo –Octavio sabía perfectamente que Flanagan bromeaba y que ese lenguaje políticamente incorrecto era la vía por la que daba salida a su fastidio, de modo que no pronunció palabra alguna–. ¿Sabes que Jerome era el nombre de un campo de concentración en Arkansas? El último en abrirse y el primero en cerrarse...

–Algo he oído.

–Bien, pues yo también he oído algo sobre el tal Jerome García.

No hubiera hecho falta que lo dijera, dado que la pregunta de Octavio había sido enteramente retórica. Sabía muy bien que Travis Flanagan había tenido varios encontronazos con el periodista de origen español.

–A propósito, ¿tienes algún problema con los Montero? Lo digo porque sólo los hijos de puta lo tienen.

–¿Has preparado ya tu traje para cuando te envíe a un consejo de guerra?

–Todavía no. ¿Qué me recomiendas?

El malsonante intercambio dialéctico fue interrumpido por la aparición en escena de Ray Allen.

–Lo que faltaba –musitó Flanagan. Se puso en pie para recibir al «profesor».

–¿Cómo va todo, caballeros? ¿Han terminado ya de montar el puzle?

–Nos faltan unas cuantas piezas, señor –respondió Travis.

–No se preocupe –le tranquilizó Allen con una sonrisa forzada–, siempre faltan algunas.

Ray Allen se agachó para observar la pieza metálica. La giró sin dificultad a pesar del considerable peso de la misma: un poco de óxido, deformidades varias y el archiconocido (por él) «ingrediente secreto». Allen sonrió con suficiencia.

–Tendremos que esperar a ver los resultados del laboratorio –dijo el «profesor»–. Han hecho un excelente trabajo sin duda, chicos.

–Gracias, señor –respondieron los otros dos hombres casi al unísono.

La expresión «chicos» se le figuró excesivamente condescendiente a Travis, quien optó por no mostrar su desagrado aunque en su fuero interno hubiese tomado la decisión de cooperar lo menos posible con Ray Allen y no facilitar las cosas más allá de lo que el protocolo exigiese. De hecho, tenía serias dudas acerca de si lo más recomendable no sería sacar la pistola y vaciar el cargador sobre el cuerpo de Allen, un tipo que aparecía cada vez que un barco o avión naufragaba en aguas del Triángulo, a quien los superiores de Flanagan habían ordenado obedecer, pero cuyo rango desconocía por completo. Sencillamente, carecía de identificación y toda la información concerniente a su persona se hallaba bajo el más absoluto sello de confidencialidad y clasificación. Quizá, pensaba Travis Flanagan, disparar sobre Allen fuese el equivalente a un suicidio –en sentido literal, juzgar por el presumible resultado–. «Lo dejaremos para más tarde», pensó.

Había pocas cosas en este mundo que desagradasen más a Travis Flanagan que los hombres sin acreditación que contaban con el beneplácito del Gobierno de los Estados Unidos; esos hombres secretos que solían ocuparse de asuntos todavía más secretos. El «profesor» Allen era, sin lugar a dudas, uno de ellos.

–Bien –prosiguió Ray Allen–, los chicos se ocuparán de estos fragmentos. Recibirán un informe del laboratorio.

«Venga con los “chicos”», pensó Travis. Ese modo de infantilizar a los miembros de su equipo le molestaba considerablemente.

Allen desapareció del mismo modo en que había entrado en escena. El comandante y Octavio Montero permanecieron de pie en silencio.

–Retomemos nuestra conversación. ¿Qué se contaba tu amigo García?

–Imagínate. Le había llegado a oídos lo del fragmento de Boeing y deseaba hacerme unas preguntas.

–¿Qué le has contestado?

–Que estarías encantado de responder a todas ellas personalmente. –Montero esbozó su característica sonrisa. Una sonrisa franca y cómplice.

–Muy bueno. ¿Has recibido ya la lista de pasajeros del vuelo?

–Aún no. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

–Y luego esperan que trabajemos correctamente... –se lamentó Flanagan.

–¿Sigues creyendo que en este tipo de casos se espera eso de nosotros? –El rostro de Octavio se ensombreció.

Travis miró fijamente a su compañero y respondió tajantemente:

–Es lo que necesito seguir creyendo.

Unos hombres retiraban con diligencia los fragmentos del Boeing 777 Freighter, clasificándolos meticulosamente en cajones amarillos de plástico.

–En ese caso, te daré una buena noticia, puesto que yo sí he hecho los deberes.

–Dispara.

–El Boeing 777 Freighter se lanzó al mercado como carguero, es decir, no destinado al transporte de pasajeros, sino de mercancías.

–Soy comandante, amigo Octavio. Sé lo que es un carguero, aunque gracias por la información.

–Tal vez sepas también que los clientes más interesados en este modelo procedían de los Emiratos Árabes.

–Sin embargo éste volaba desde París, ¿no es cierto?

–Así es.

–Un carguero casi desaparecido... ¿Qué mercancía transportaría? Espera, no contestes aún: la compañía no ha facilitado dicha información, ¿me equivoco?

–Eres comandante, ¿lo recuerdas? Lo que significa que no puedes equivocarte muchas veces. Y, aunque me duela admitirlo, llevas razón. La compañía no nos ha dicho nada.

–Están obligados a hacerlo. Por muy caro que fuera ese cacharro y por muy ricos los clientes, tienen forzosamente que proporcionarnos un informe de aduanas sobre la mercancía que viajaba en el avión.

–Lo harán, pero se están tomando su tiempo.

–¿Sabes? Eso es justamente lo que yo suelo hacer cuando pretendo ocultar algo: tomarme mi tiempo.

–¿Sueles ocultar muchas cosas? –Octavio parecía haber recobrado el buen humor.

–Soy comandante, ¿lo recuerdas? Estoy obligado a ocultar muchas cosas. Tenemos que saber qué había dentro de la aeronave, quién lo pilotaba y qué personas viajaban en él. ¿Serás capaz de encargarte de ello?

–A sus órdenes, señor –contestó Montero emulando el tono marcial.

Los dos hombres se despidieron sin añadir nada más. De camino al coche, Travis Flanagan no lograba dejar de pensar en la mercancía que contenía aquel avión y otra serie de cuestiones. ¿Por qué postergar la entrega del informe? ¿A qué tanto secretismo? ¿Cómo era posible que ningún resto de la mercancía hubiese salido a flote? ¿Dónde estaban el piloto y el resto de pasajeros, en caso de que los hubiera? Demasiadas preguntas y poco tiempo para contestar antes de que todas las respuestas se hundieran para siempre en el fondo del abismo.



–¿Por dónde empezamos, Atlántida o Triángulo? –preguntó Edward.

–¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? –añadió Maribel.

–Resulta difícil de saber, si bien, por respeto a Platón, y recordando que la causa siempre precede en el tiempo al efecto, yo comenzaría hablando de la Atlántida.

–El experto tiene la palabra –afirmó León, extendiendo ambas manos con las palmas hacia arriba en señal de invitación.

–Como bien sabéis, Platón fue el primero en mencionar la existencia del continente sumergido –o isla– en los diálogos *Timeo* y *Critias*, ubicándola más allá de las *Columnas de Hércules*, nombre que se le daba a Gibraltar en la antigüedad. Muchas fueron las menciones posteriores de la Atlántida, en ocasiones llamada de otras formas (Avalón, Aralu, Abzu, Amena, etc.). Cada cultura señalaba su posición geográfica en diversos lugares, mas, al menos desde una perspectiva simbólica, dicho territorio presentaba siempre un significado similar: la cuna de la civilización, el paraíso, el *jardín del Edén*, incluso el origen de la humanidad –Edward hizo una pausa para beber un poco de *sake*–. La leyenda no habría pasado de constituir una suerte de proyección colectiva o representación mitológica del pasado glorioso de la especie humana de no haber sido por los trabajos de Ignatius Donnelly quien, allá por 1882, publicó su emblemático libro *La Atlántida: el mundo antediluviano*, donde, en líneas generales, defendía las tesis platónicas. Indudablemente, el texto se hallaba repleto de incorrecciones de todo tipo y fue duramente criticado por los investigadores posteriores, lo cual no impidió que el movimiento pro-atlante viviese una segunda juventud, dando origen a cientos de estudios al respecto. La localización de la Atlántida se estableció en diversos lugares: Egipto, las Islas Azores, Mar de los Sargazos, las Islas Canarias, la costa sudamericana... de donde resulta fácil deducir que el *continente sumergido* pronto empezó a verse como el eslabón perdido entre el Viejo y el Nuevo Mundo; una gran superficie terrestre que explicaría parte del tránsito humano de Europa y Asia al continente americano.

León y Maribel prestaban atención al relato de Edward.

–Vale, ¿y en qué momento entra el Triángulo de las Bermudas en juego? –insistió Maribel.

Edward asintió con la cabeza y prosiguió su narración:

–Aunque ya se habían dado explicaciones desde una perspectiva esotérica, como por ejemplo las de Madame Blavatsky y el grupo de los teósofos, la fuente más destacada que vincula la Atlántida con el Triángulo proviene de un psíquico estadounidense llamado Edgar Cayce. Durante algunas de sus «lecturas», o visiones, Cayce afirmó que la Atlántida se hallaba bajo las Islas Bimini, en las Bahamas. La primera lectura en la que apareció el continente sumergido tuvo lugar en 1923, si bien la mención de las Bimini se vio obligada a esperar hasta 1926. Cayce predijo que en 1968 la Atlántida se levantaría. Él murió en 1945, de forma que no pudo disfrutar de su triunfo: dos pilotos, Trigg Adams y Robert Brush, avistaron lo que parecía ser unos restos sumergidos de un edificio, concretamente sus cimientos, cerca de la Isla de Andros y, poco después, J. Manson Valentine y el explorador Rebikoff descubrieron una suerte de calzada a media milla de las Bimini. Junto a Adams y Brush fundaron la Sociedad de Investigación de Arqueología Marina. El misterio estaba servido de nuevo y, no por casualidad, el polémico Charles Berlitz, publicó dos de sus más conocidos textos abordando la mencionada conexión: uno sobre la Atlántida en 1969 y otro sobre el Triángulo en 1974. La vinculación entre ambas historias quedó establecida definitivamente... hasta olvidarse casi por completo.

–Reconozco que la historia es muy buena –admitió León Poiccard.

–Y lo más sorprendente es que puede resultar enteramente cierta –añadió Edward.

–¿Cómo probarlo? –se interesó Maribel.

–Ahí está lo difícil... Y también ahí es justamente donde entro yo.

–En otras palabras, pretendes demostrar que el misterio del Triángulo de las Bermudas se explicaría por la existencia de la Atlántida en esa zona, ¿cierto?

–Efectivamente. Deseo hallar pruebas irrefutables.

Sin admitirlo abiertamente, tanto Maribel como León se encontraban un tanto desconcertados. Ante sus ojos tenían a un desconocido que estaba empeñado en destapar uno de los mitos más atractivos y enigmáticos.

–En caso de que la Atlántida estuviera en dicho lugar –prosiguió Maribel–, ¿crees que seguiría habitada?

–Técnicamente, y digo «técnicamente» con cierta cautela, los últimos atlantes desaparecieron hace más de once mil años. No está de más señalar que padecieron sus propios diluvios e incluso contaron con un Noé. Por desgracia, sus «submarinos» no llegaron a buen puerto.

–Lo que reforzaría el carácter metafórico de la leyenda.

El escepticismo de León no pareció minar la confianza del oceanógrafo.

–El carácter simbólico del Arca de Noé no ha impedido que se sigan buscando sus restos. ¿No sugirieron los chinos que la habían encontrado?

Poiccard hizo un gesto para remarcar la obviedad de la respuesta. Él mismo había mencionado ese hecho en *El búnker de Noé*.

–No parece que fuera el Arca real.

–Tal vez tampoco no fueran los atlantes reales los que desaparecieron del todo...

Resultaba evidente que el debate podría mantenerse eternamente. O, al menos, hasta que alguien ofreciera pruebas fidedignas de la perdurabilidad del continente sumergido y sus habitantes.

–Ha sido una gran suerte dar contigo –celebró León–. Entre todos lograremos que una interesante novela salga a la luz.

–El mérito será enteramente tuyo, no lo olvides. –Edward había recuperado sus modales estilo Carnegie.

–Descuida –intervino Maribel–, seguro que no lo hará.

Al recién llegado, ciertas bromas privadas todavía le desorientaban. Resultaba imposible para él saber que un cierto cinismo cómplice alimentaba aquella relación.

–Me debo a mis lectores. Es algo que he descubierto temprano. ¿Conoces el *Hagakure*? –preguntó dirigiéndose a Edward.

–Faltaría más.

–Entonces recordarás la anécdota que se cuenta del señor Mitsushige cuando, siendo un niño, se vio invitado a leer un pasaje de un libro del monje Kaion. Llamó a los otros niños y les pidió que se acercasen para escuchar, dado que, les dijo, es muy difícil leer cuando no se cuenta con quien escuche. El sacerdote quedó impresionado y les dijo a los seguidores que ése era el espíritu con el que había que hacer todas las cosas. Yo he sido muy vanidoso en el pasado, pero he llegado a la conclusión de que cada vez que me siento a escribir tendré en mente dicha actitud –Maribel le miró de soslayo y encendió uno de sus delgados cigarrillos–. Detesto a los escritores que no tienen en cuenta a los lectores, que les miran por encima del hombro o que consideran que no son más que meros borregos cuya finalidad se limita a enriquecer económicamente al autor.

–Es una buena postura –señaló Valdes– y la historia del señor Mitsushige muy bonita.

–En serio, de no haber sido por las personas que tuvieron la deferencia de adquirir mi primera novela, mi vida... no sé qué habría sido de mi vida. Ahora me siento en deuda con ellos y espero no defraudarles.

–Vaya, vaya, si al final tendremos que canonizarle –apuntó Maribel con una amplia y fascinante sonrisa.

–Cariño, tu optimismo hace que me den ganas de volver a fumar. ¿Tú fumas, Edward?

–Lo cierto es que sí. Empecé hace pocos años, siendo ya bastante mayorcito. Un error.

–¿Por qué lo hiciste?

Edward resopló y se encogió de hombros a modo de respuesta. No le apetecía confesar la verdad: que en un alarde mitómano, tras enterarse de que su venerado Eddie Vedder fumaba (también supo qué marca), se había enganchado al tabaco. En el fondo se sentía un poco avergonzado. No era razonable que un hombre culto hubiese sucumbido a la imitación. «Esas cosas suceden en la niñez y la adolescencia, pero no cuando se es ya adulto», pensaba el inventor de objetos submarinos no identificados.

–Pitillos aparte, considero que a estas alturas de la velada bien podemos establecer una alianza literario-oceanográfica –propuso León–. Nosotros te ayudamos a encontrar la Atlántida y, ya de paso, recopilo información para la novela. ¿Estás de acuerdo, Maribel?

La doctora Salgado asintió con la cabeza:

–Otra nueva aventura se avecina.

–¿Qué opinas tú, Edward?

–Será un placer y un gran honor contar con vosotros como parte de la tripulación en este viaje.

–Pues no se hable más. Damos por inaugurada la última búsqueda del continente perdido. Digo la última porque, esta vez, lo vamos a encontrar.

León levantó su copa y los demás se sumaron al brindis.

–¡Por la Atlántida! –exclamó el escritor.

–¡Por tu nueva novela! –añadió Valdes.

–¡Por que no sea la última!

De este modo quedó sellado un pacto entre dos caballeros y una señorita. Y la maquinaria se puso en marcha.

Ray Allen tuvo un mal presentimiento. Supo que aquellos fragmentos flotantes iban a darle más de un disgusto. Demasiadas personas implicadas en la investigación y, lo que era aún peor, demasiados departamentos. Era cuestión de horas que la prensa y todo tipo de curiosos metieran sus sucias narices en el asunto.

Por experiencia sabía que los perros de la información tenían, en muchas ocasiones, el olfato más entrenado y desarrollado que los propios encargados de llevar a cabo la búsqueda de respuestas (lo que, a veces, podía interpretarse como la creación de respuestas *ad hoc*). Nada entorpecía más una investigación que un puñado de periodistas ansiosos por proclamarse los nuevos Bob Woodward y Carl Bernstein. El problema, a su juicio, recaía sobre el hecho de que no era deseable acabar con aquellos insurrectos por las buenas. Ganas, desde luego, no le faltaban.

Como máximo responsable de un proyecto secreto, el «profesor» Allen se había convertido en un experto en la creación de cortinas de humo. En el fondo, sabía perfectamente que a los ciudadanos la verdad les importaba un bledo. Desde su punto de vista, sólo deseaban un pretexto con el que rellenar unos minutos de conversación y después nada. Amnesia absoluta. Cambio de canal.

Vistas así las cosas, la clave consistía en ofrecer alguna distracción inofensiva que les diera a las masas la sensación de haber descubierto algo valioso. Así funcionaban las cosas y ahora Ray Allen sólo tenía que poner en marcha la imaginación. En realidad, no le preocupaba en exceso que la prensa supiera de los fragmentos aparecidos. Eso podía ser explicado de cualquier modo. Sus temores se centraban en detalles menores pero mucho más comprometedores. Resultaba altamente improbable que alguien —es decir, un periodista insidioso— llegase a ver físicamente dichos trozos y, de ser así, todavía sería más difícil que cayese en los restos de una especie de óxido verdoso, apenas perceptible, en determinadas partes del metal. Si, en un alarde de capacidad de observación, el periodista en cuestión reparase en tales manchitas, seguramente lo atribuiría al moho ocasionado por el contacto continuado con el agua del mar. No obstante, Allen sabía que aquello era el «ingrediente secreto». Si alguien lo descubriese, tal vez lo más recomendable sí sería volarle los sesos o algo, si bien menos escandaloso, con resultados similares. Tarea, por lo demás, que también entraba dentro de sus competencias (a pesar de no haber sido jamás un ejecutor hasta la fecha).

Por otra parte, Ray Allen sabía a la perfección que situaciones en apariencia desfavorables podían ser aprovechadas con efectos totalmente opuestos. Gran parte del arte de la guerra consistía en hallar el modo de alterar el resultado previsible. En última instancia, el desconcierto siempre había sido una de las principales estrategias bélicas desde tiempos inmemoriales. Así pues, las «esquiras» flotantes de la aeronave bien podían ser utilizadas como tejidos de esa cortina de humo que Allen tanto ansiaba construir. Únicamente tenía que encontrar la inspiración. ¿Cómo transformar una prueba comprometedora en un argumento a favor de la labor de Guardia Costera e, indirectamente, de las actividades de los chicos de Fort Meade, Maryland –otro modo de referirse a la Agencia de Seguridad Nacional–, y la CIA en su conjunto? «No debe ser tan difícil», se dijo Allen. «No debe ser tan difícil». Y, en efecto, pronto descubriría lo sencillo que podía resultar.

[Si deseas seguir leyendo *Estación orichalcum*, pulsa [aquí](#)]